



Relatos Finalistas XII Edición #EscribirPorDerechos

1. A TIZA O PERFUME

Maria Jiménez Sanz

Cofrentes (Valencia)

Hoy será la última noche que pase en casa con mis padres y mis hermanos. Sobre la cama está el vestido de novia, es grande, brillante, y huele a perfume barato. Mi madre dice que debo parecer una mujer, aunque tengo doce años y aún necesito un taburete para peinarme.

Bajo de la cama guardo otro vestido, mucho más pequeño y bonito. Mi uniforme del colegio... me trae muchos recuerdos bonitos. Lo escondí el día que los talibanes cerraron la escuela. Desde entonces, cada noche lo saco y lo huelo. Huele a tiza, a patio, a risas silenciadas de niñas...

Mientras me pruebo el vestido blanco, pienso en el otro. El blanco pesa. El uniforme era ligero. Me hacía sentir bien. Me encantaba aprender.

Dicen que mañana seré esposa pero yo solo quería ser niña. Aprender a multiplicar, a leer, a escribir mi nombre sin faltas. Pero me arrebataron todas mis ilusiones.

Mi madre me pregunta si estoy lista. No lo estoy.

Doblo el uniforme y lo escondo bajo la cama. Quizás algún día lo encuentre una niña, con permiso para soñar. Y ojalá ese día, siga oliendo a tiza y no a perfume.

2. CUESTIÓN DE EDUCACIÓN

Aina Rotger Carlon

Palencia

El niño que sueña con reconstruir los escombros y no puede estudiar ni para poner un ladrillo, con la escuela bajo los cascotes. Al que le pesa el dolor de los 62.122 muertos, el que quería estudiar medicina para curar a sus hermanos heridos, dejará de soñar con aprender, cuando una bala pagada por quien ha heredado un imperio, e imagina un resort sobre los cadáveres, atraviese, a uno más, entre tantos.

Financiada por quien tuvo los millones que quiso para educarse y terminó aprendiendo que bajo la sangre hay un negocio inmobiliario.

3. EL ALFABETO REBELDE

Jose Luis Regojo Borrás

El Puerto de la Cruz (Tenerife)

Corría el año 2035, las escuelas públicas eran fantasmas de un pasado reciente. Sus puertas estaban cerradas por orden de la presidenta: «la educación pública es adoctrinamiento y un gasto innecesario». Para los niños y niñas, su mundo era su móvil.

Lara, de ocho años, miraba cada mañana la pared de la escuela frente a su casa. Su abuelo le había hablado de los libros que allí vivían. Un día, con una piedra, dibujó la primera letra que le había enseñado en el muro descascarillado: una gran A.

Al día siguiente, su vecina Alba trazó una B. Luego, Marcos escribió una C. Así, letra a letra, número a número, el muro fue llenándose. No eran grafitis: era un alfabeto rebelde, un aula clandestina contra una ignorancia impuesta. Aprendieron a desobedecer: los niños de día, los padres de noche.

Descubrieron que el derecho a la educación no desaparece con un decreto: se conquista y se defiende. Ese muro, sembrado de palabras, números y hambre de saber, fue la prueba de que aprender es resistir y un pueblo que aprende en secreto nunca perdona.

4. EL CICLO DE LA VIDA

Jorge Ramos San Martín

Palencia

Una vez terminado el curso, Marina tiró el libro de lengua al contenedor azul; de allí lo llevaron a la planta de reciclaje de papel, con su característico olor a huevos podridos, el aroma del azufre y la descomposición. Entre máquinas y productos químicos lo trituraron, lo destintaron, lo limpiaron y, finalmente, apilaron las hojas en un montón que ataron con un cordel, a modo de soga, antes de enviarlas al Juzgado de Primera Instancia e Instrucción nº3 de Palencia, en donde las utilizaron para imprimir la sentencia que condenaba a Mamadou a treinta meses de prisión.

Jamás estuvo tan cerca de un libro de texto.

5. EL PRIMER DERECHO

Carina Sosa Cáceres

Uruguay

Soy un lápiz, pequeño y nervioso, testigo del primer derecho que alguien toma: el derecho a aprender.

Hoy llegan dedos torpes, temblorosos... que aún no saben que sostenerme abre un mundo.

La maestra se inclina, acomoda el pulgar, guía el índice, ajusta la fuerza que desconocen, con paciencia. Cada intento fallido, cada línea que tiembla sobre el cuaderno de doble raya es un derecho que despierta.

No son letras. No son números. Son alas que comienzan a desplegarse.

Yo, lápiz, soy testigo silencioso: acompaño manos que se cansan, que se equivocan, que borran... y vuelven a empezar. Cada trazo logrado es un puente, diminuto y enorme a la vez, un acto de justicia. Aprender a sostenerme fue su primer triunfo, su llave primera al mundo.

Aquí empieza la educación, en la punta del grafito que marca la curiosidad. Cada día que vuelven, cada línea que perfeccionan, cada mano que me toma con confianza... confirma que aprender es un derecho que florece en los gestos más sencillos.

6. LA ESCUELA DEL VIENTO

Sealtiel Enciso Pérez

La Paz. Baja California Sur (México)

En el pueblo de Santa Remedios del Saber, donde los niños nacían sabiendo leer los sueños pero morían sin saber leer las letras, llegó un forastero con una libreta bajo el brazo y una escuela pintada en los ojos. Nadie supo nunca su nombre, pero decían que había cruzado las montañas cargando el alfabeto en un costal y la esperanza enrollada como un pergaminio. Lo primero que hizo fue trazar con ceniza el derecho de aprender en el suelo de la plaza, y cuando el viento intentó borrarlo, lo repitió en las paredes, en las piedras, en la piel de los burros y en las sábanas de las lavanderas.

Los niños acudieron descalzos y asombrados, llevando la cabeza como una lámpara apagada, y salían con los ojos encendidos, sabiendo que la palabra "libertad" no era sólo un ruido bonito, sino una llave que abría el pecho de los días. El gobierno envió soldados para cerrar la escuela, pero al llegar encontraron los pupitres vacíos y a los niños enseñando a sus padres cómo leer el cielo.

7. **LA LLAVE**

Antonio de Torre

Las Rozas (Madrid)

RELATO GANADOR

Cuando Abeba encontró la llave oxidada junto al pozo, creyó que abría la vieja caja de té de su abuela.

Pero no.

Era la llave de la escuela cerrada desde hacía cinco años, cuando los soldados quemaron los libros y prometieron que las niñas ya no soñarían más.

Abeba la sostuvo como quien sujetaba un relámpago.

La llevó a su madre. Su madre la guardó en el pañuelo. Por la noche, la familia entera la pasó de mano en mano como un talismán.

A la semana siguiente, Abeba, sus hermanas y otras niñas empujaron la puerta de la escuela. Las paredes seguían chamuscadas. El suelo, lleno de ceniza.

Pero dentro encontraron tizas rotas, una pizarra con un resto de suma, una mesa sin patas.

Lo demás lo pusieron ellas: una canción para conjurar el miedo, un cuaderno hecho con hojas de arroz, la voz firme de Abeba deletreando la palabra futuro.

Cuando los soldados volvieron, ya era tarde: cien niñas guardaban copias de la llave bajo la almohada.

Y ya nadie supo cómo cerrar aquella puerta otra vez.

8. **LA TIZA Y LA TRINCHERA**

Maroua Bensfia Khiyat

Alicante

MENCIÓN ESPECIAL DEL JURADO

El aula era una tienda de campaña agujereada por la guerra. El pizarrón, un pedazo de metal ennegrecido. Con una piedra, Laila escribía el alfabeto mientras las bombas silenciaban las vocales.

—¿Para qué aprender si mañana moriremos? —preguntó Karim.

Ella levantó la vista, con la piedra entre los dedos como si fuera una espada.

—Porque si sobrevivimos, necesitaremos palabras para contarla.

Esa tarde, mientras el cielo se desgarraba, los niños siguieron dibujando letras.

Ninguno sabía si viviría hasta la Z, pero todos entendían que aprender era otra forma de resistir.

9. LAS AMAPOLAS SON ROJAS

Angel Manuel Felicísimo Pérez

Mérida (Badajoz)

MENCIÓN ESPECIAL DEL JURADO

Hugo vivía en un pueblo de las montañas del norte y solo veía en blanco y negro. Gris era, por supuesto, la pequeña escuela en la plaza, gris y siempre vacía.

Una tarde de otoño, vio llegar una furgoneta de la que bajó una mujer. Hugo se quedó con la boca abierta porque esa mujer llevaba un abrigo rojo. Seguida por dos hombres cargados de cajas, la mujer, una mancha de color sobre un universo de grises, entró en la escuela.

Al día siguiente, los tres niños más pequeños entraron en el aula y estuvieron allí toda la mañana. Desde fuera se oyeron risas y, dos veces, una canción. Cuando salieron, Bruno llevaba un jersey azul, Julián, una chaqueta verde, y Clara, una bufanda amarilla.

Cuando le tocó ir, había un cuaderno y un lápiz sobre su pupitre. Al rato, Hugo aprendió que María tenía unos increíbles ojos azules y, al salir, apenas pudo creerse el color de las amapolas.

Años después, en la universidad, sonreía cuando nadie creía su historia, aquella que narraba cómo su mundo dejó de ser gris cuando una maestra llegó a su pueblo y les enseñó a leer.

10. LÁPICES Y BALAS

Lingling Wu

Madrid

Sigrid se agachó debajo de su escritorio, buscando a tientas con una expresión de máxima concentración los lápices de colores que su padre le había comprado a principios de curso. Eran un paquete de doce, pero ahora solo quedaban nueve, tres perdiéndose cuando se mudaron a la nueva ciudad.

— “¡Encontré uno!” — su mano derecha se cerró alrededor de un lápiz amarillo, su segundo color favorito después del rojo, y lo empuñó con una sonrisa.

Papá siempre le había dicho que la pluma era más poderosa que la espada; pero no tenía plumas a mano, y los gritos y las pisadas de los soldados que habían entrado a su escuela se acercaban cada vez más a su clase.

Sigrid corrió hacia la puerta, escondiéndose detrás de un armario como la profesora le había ordenado hacer antes de que se la llevaran.

No tenía plumas, y las balas no son espadas, pero un lápiz debería servir.